RESEÑA

Lidia E. Santana Vega, *Orientación Educativa e Intervención Psicopedagógica. Cambian los tiempos, cambian las responsabilidades profesionales*, Editorial Pirámide Psicología, Madrid, 2007 (2ª ed.), pp. 375.

Es la segunda edición de una obra en la que a lo largo de casi 400 páginas podremos hacer un recorrido completo sobre la disciplina de Orientación. En la introducción la autora habla de las novedades que presenta respecto a la edición anterior y me permito la literalidad para ser fiel a lo que ella indica como nueva incorporación al trabajo. Así, «1) analiza el tratamiento que la Ley Orgánica de Educación da a la tutoría, a la orientación educativa y profesional y a la intervención psicopedagógica; 2) amplía lo concerniente a la educación del alumnado de infantil y primaria; 3) se revisan los planteamientos sobre la tutoría y la orientación en secundaria, recogiendo el trabajo realizado por el Grupo de Investigación en Orientación Educativa y Sociolaboral (GIOES) de la universidad de la Laguna —que la autora ha constituido y dirige—; y 4) se ofrecen nuevos recursos para el profesorado, los equipos de orientación y todos aquellos profesionales comprometidos con el ámbito de la educación formal y no formal» (p. 23).

Es una obra comprometida. Llama la atención desde el primer momento la absoluta implicación de la autora que de principio a fin se posiciona abiertamente respecto al deber ser, respecto a lo mejor o lo deseable de cada aspecto tratado. Quizá porque como señala su prologuista, el profesor Santos Guerra, «La autora no escribe por escribir [...] escribe porque pretende ayudar a otros a vivir, pensar, a elegir, a estar, a ser» (p. 17). Este modo de posicionarse de la profesora Santana hace que la lectura de este libro —un manual sobre orientación— sea fácil, distinta. Podremos estar o no de acuerdo con sus propuestas, pero la lectura de este libro no deja indiferente, cuestiona, invita a pensar y repensar aspectos tanto de la fundamentación como de la práctica de la orientación.

En un manual de orientación al uso sería normal encontrar un epígrafe en el que se detallaran las «funciones de la orientación» al hilo de lo recopilado en la literatura. En esta obra encontraremos esta información, pero, en un primer momento y curiosamente, bajo un epígrafe denominado «preguntas» y desarrollada en torno al análisis de cómo distintos autores han intentado solventar el conjunto de dudas relacionadas con el porqué están los orientadores en la institución escolar, para qué están, qué hacen, qué expectativas despierta su trabajo o qué función les es lícito desempeñar. La autora nos hace pensar primero, nos trata a los lectores como personas con inteligencia, capaces de dar respuesta. Por ejemplo, comienza su relación de reflexiones con Stevic (1963), p. 49: «los orientadores no parecen tener un compromiso claro con el rol y responden de forma desordenada ante las presiones situacionales. Ello denota la carencia de una filosofía personal de asesoramiento y de una política profesional aceptada por la comunidad de prácticos que le sirva de guía de dicha práctica». Siendo éste el comienzo, la implicación con el tema es inmediata. Después, unas páginas más adelante, nos hará la

síntesis teórica formal de los papeles y funciones propios del orientador.

De la mano de autores como Giddens, Postman, Lledó, Ortega y Gasset, Schumacher, Piaget, Freinet o Tolstoi, entre otros muchos, la autora nos hace plantearnos preguntas: ¿Qué es educar? ¿Para qué? ¿Qué sentido?, ¿Qué es la orientación? ¿Qué papeles y funciones le corresponden? Y también lo hará de la mano de metáforas, analogías y aseveraciones: el orientador como un Sísifo, un achicador de agua con cucharita de té, un corredor de fondo solitario en un contexto curiosamente cooperativo, un ser incomprendido. «¿Para qué están aquí?» «¿Vienen a controlar nuestra práctica docente?» «¿Qué me vienen a enseñar a estas alturas?» (pp. 42-52). El lector se adentrará en las cuestiones últimas de la orientación, sonreirá y asentirá con la cabeza una y otra vez.

En el capítulo primero veremos cómo la disciplina de la orientación ha ido cobrando distintos sentidos a lo largo de su historia, prácticas orientadoras heterogéneas, ambigüedad conceptual, disparidad idiomática le caracterizan y la autora propone desentrañar esta complejidad a pie de práctica con el fin de ir reconstruyendo el modo de ser y de hacer de los orientadores.

En el capítulo segundo se repasan los principales enfoques que han sido referencia para la práctica profesional de los orientadores. Y cómo éstos han propiciado distintas formas de entender la práctica profesional. La clarificación de funciones del profesional de la orientación como una cuestión pendiente y el esclarecimiento del marco de actuación de los orientadores.

En el capítulo tres se trabajan los principios que han de informar la institucionalización de la orientación y en el cuarto nos permite ver la orientación desde las perspectivas de la tutoría, de los Departamentos de orientación y de los Equipos de Orientación Educativa y Psicopedagógica. De nuevo nos hace reflexionar sobre el papel marginal de la tutoría y señala aspectos críticos (y criticables) de la filosofía, organización y funciones no sólo de la acción tutorial, sino también de los departamentos de orientación y de los Equipos interdisciplinares.

En el capítulo cinco, titulado «Las áreas de actuación de la orientación: cambian los tiempos, ¿cambian las responsabilidades profesionales? (que la autora lo convierte en afirmación en el subtítulo de esta obra), hace en un primer momento un repaso-síntesis sobre las que han sido las principales áreas de trabajo del orientador en el campo de la orientación educativa: salud mental y educación para la carrera profesional, para después abordar los cambios que en las dos últimas décadas se están produciendo. Cambios en el nuevo modo de concebir su desempeño profesional, las nuevas responsabilidades que esto conlleva, y que inciden más en los procesos de innovación y el trabajo con organizaciones no estrictamente educativas. Destacan aquí las distintas concepciones y dilemas respecto a la innovación tanto del propio orientador consigo mismo, como de éste en relación con la salud de la organización, así como el trabajo colaborativo y la importancia decisiva de la comunicación.

En el capítulo seis la autora profundiza en uno de los temas en los que es autoridad: la orientación y la transición sociolaboral. Hace aportaciones interesantes sobre la transición sociolaboral de algunos de los colectivos más castigados: mujeres y jóvenes, y nos abre a los nuevos desafíos de la orientación sociolaboral. En un último apartado desarrolla las aplicaciones de las TICs en este ámbito.

En el último capítulo, nos llevará a replantearnos la formación inicial y continua, la investigación en el ámbito de la orientación y la evaluación de la calidad de la intervención orientadora, como los tres ejes sobre los que se ha de articular la práctica profesional (p. 328). Estos tres pilares son garantes de «la mejora de la competencia epistemológica de los orientadores» (p. 293) y en consecuencia de las buenas prácticas.

Cada uno de los capítulos se cierra con una síntesis y una propuesta de temas para la discusión, tareas y actividades a realizar. Termina el trabajo con 24 páginas en las que deja constancia de la bibliografía y de bibliografía comentada, así como de los recursos en soporte papel, audiovisual e informático que pueden ser útiles en el estudio y práctica de la orientación.

Ésta es una obra de referencia para cualquiera que pretenda situarse de un modo crítico y profundo sobre el estado de la cuestión de la

orientación en nuestro país. Es una obra que conjuga a la perfección una descripción objetiva de las principales coordenadas de la orientación, en pasado, presente y futuro, con un posicionamiento personal de la autora valiente, profundo, sagaz, crítico y clarificador, en un intento constante por buscar las señas de la identidad de este ámbito de actuación profesional.

Concha Iriarte Redín